

Cuadernos de un delfín

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Sara Sedran

loquele_o



*A mi papá, personaje de cuento
arrojado a la vida.*

PRÓLOGO

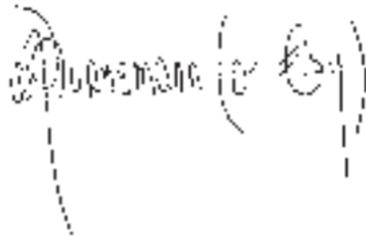
Estos cuadernos que vas a leer son la fiel traducción al idioma castellano del diario de un delfín que –aunque húmedo– llegó hasta mi escritorio impulsado por una ráfaga del viento de la buena suerte, bajo la factura de varios casetes de cintas magnetofónicas que de inmediato coloqué en mi grabador con el propósito de enterarme de su contenido.

Al principio, sólo percibí chasquidos, silbiditos intermitentes, chirridos quejumbrosos, una especie de débiles ladridos y gemidos extraños. No me desanimé. Al contrario. Volví a escuchar las cintas una y otra vez, por espacio de siete años.

Con la valiosa colaboración de un grupo de investigadores, me fue posible clasificar los numerosos y variados sonidos emitidos por el delfín,

tras ser transformados en figuras luminosas que posteriormente se fotografiaron en placas.

Poco a poco fuimos descifrando esas placas. Ello me permitió ir confeccionando –muy trabajosamente– EL PRIMER DICCIONARIO DE IDIOMA DELFINÉS. ¡Cuál no sería mi asombro al comprobar que tal vocabulario no sólo supera holgadamente el orden de las mil palabras, sino que es muy probable que comprenda unas diez mil! Traducido por fin el diario de tan maravillosa criatura marina, consideré mi deber darlo a conocer. Acaso sirva para que los hombres depongamos en parte nuestra infinita soberbia y nos acercemos con más amor, humildad y respeto al admirable mundo de estos animales, porque “sólo en el delfín –como asegura Plutarco– nos ofrece la naturaleza lo que han buscado los mejores filósofos: LA AMISTAD DESINTERESADA”.



(Primera traductora mundial del idioma delfinés)

Primer Cuaderno¹



¹ *Nota de la traductora:* Obviamente, tanto la división en cuadernos y capítulos como los títulos de los mismos no constan en la grabación original. Atenta a las exigencias de publicación, consideré la conveniencia de ordenar de este modo el diario del delfín, a fin de lograr la estructura de una novela.

CAPÍTULO I
ALEGRÍA Y ESPANTO DE
UN CREPÚSCULO MARINERO

Un atardecer plano, levemente agitado —de tanto en tanto— por ocasionales remolinos, se desplegaba como un inmenso mantel violáceo a ras del mar. El siseante rumor de las alas de los peces voladores cortaba apenas el aire. Parcialmente sumergido, yo dormitaba con mi cuerpo ondulando a la deriva, al compás de los movimientos del agua.

Nada turbaba la placidez de ese crepúsculo estival. Mis seis compañeros también se encontraban sumidos en somnoliento letargo. Acunado por el leve oleaje, soñé con largas playas blancas contra las que el sol rebotaba hiriendo mis ojos.

Supongo que después me dormí profundamente, hasta que el repentino alboroto de mi bandada me despertó:

—¡Simo! ¡Simo! ¡Tila va a tener su bebé!

Mi amigo Didima —rolando en torno de mí— me comunicó exaltado el inminente acontecimiento. Calculé con rapidez:

—¿Cómo? ¡Si aún no se cumplieron los diez meses de su embarazo!

—¡Se ha adelantado unos días! ¡Parece que el delfinito está apurado por nacer! —aseguró Didima, antes de desaparecer de la superficie.

Lo seguí velozmente, hasta que ambos alcanzamos a nuestro grupo. El resto de la bandada circulaba a dos o tres metros de Tila quien, con suspirantes soplididos, se disponía a parir su primer bebé.

El robusto Bimbo, su pareja, buceaba de aquí para allá tratando de disimular la excitación. Sin embargo, estaba pendiente de los menores movimientos de la próxima mamá.

De pronto, Tila nos avisó jubilosa:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Maravillados por ese repetido milagro del nacimiento, vimos asomar la cola del nuevo delfinito. Su parto se prolongó alrededor de media hora. Con un repentino movimiento de torsión, Tila rompió el cordón umbilical y la criatura estrenó su vida.

Alborozados, contemplamos cómo el chiquito de apenas noventa centímetros nadaba

resueltamente hacia la superficie y oxigenaba sus pulmones por primera vez.

Entretenidos con esa tierna figura que elevaba a ocho el número de nuestra bandada, no advertimos que Tila continuaba resoplando.

Bimbo se asustó:

—¿Qué te pasa, querida? ¿Qué tienes?

El anuncio de la delfina fue una noticia espectacular:

—¡Parece que son mellizos! ¡Y ya va a nacer el otro!

—¿Cómo? ¡Qué afortunados! ¡Muy excepcionalmente una delfina pare dos crías a la vez! —celebró Neka, la más vieja de nuestro grupo, mientras todos los demás felicitábamos a la pareja.

Durante el lapso que se prolongó el nacimiento del otro bebé, el primero circuló sin cesar al lado de su madre, comunicándose con ella mediante apagados silbidos.

Finalmente, los mellicitos retozaron con todo el conjunto, amorosamente vigilados por su mamá y por las madrinas que acudieron presurosas junto a cada uno de ellos, poco después de que fueron dados a luz.

—¡Ahora somos nueve delfines en nuestra bandada! —exclamé dichoso.

—¡Nueve! —repitieron a coro los demás—. ¡Como las nueve estrellas de la constelación del Delfín! —y un regocijo general selló la que suponíamos sería la noche más feliz de nuestros últimos tiempos. Y digo “suponíamos”, porque la tragedia nos acechaba. Implacable.

Tila amamantaba a sus hijitos, celosamente cercada por la vieja Neka y por las madrinas, mientras Didima y yo agasajábamos al flamante papá. Los tres nos habíamos alejado un buen trecho y brincábamos distraídos, cuando los desesperados silbidos de las hembras en demanda de auxilio nos alertaron acerca de que algo gravísimo sucedía.

Con gran celeridad cubrimos los tramos que nos separaban de ellas, pero no con la suficiente como para impedir que un tiburón, el monstruoso gladiador marino, hubiera sembrado ya el terror con su presencia.

Tila, Neka y las otras dos delfinas nadaban embravecidas, y abrían círculos en torno del feroz enemigo que pugnaba por agredir a las indefensas crías. Sabíamos que su hambre era tremenda y que para aplacarla los devoraría sin piedad.

